

Informar desde Iraq, una imprudencia temeraria

La posguerra se ha probado mucho más insegura que la guerra propiamente dicha. De la treintena de fallecidos de los medios de comunicación desde el inicio de las hostilidades, el 20 de marzo de 2003, al menos 16 han muerto en los 5 primeros meses de este año.

ÁNGELES ESPINOSA

Al poco de superar mis inicios como meritoria en *El País*, fui asignada al cierre. La dura escuela de la noche resultó fundamental en mi formación de editora, aunque también me deparó algunos malos entendidos. El portero nocturno de la finca donde vivía me sonreía con picardía cada vez que regresaba a las tres o las cuatro de la madrugada. Pasado el apuro inicial, contaba la anécdota a mis amigos haciendo el chiste fácil de que en realidad yo no quería hacer la noche sino la calle. No sabía entonces hasta qué punto ésa era la esencia de este

oficio de informar. Después de dos décadas de hacer la calle, en el sentido periodístico de la expresión, el pasado abril temí, por primera vez, que mi trabajo no fuera ya posible en Iraq.

¿Qué cambió entonces? Nada y casi todo. No hubo una hecatombe. La guerra oficial hacía un año que había terminado. La violencia, en aumento desde el mes de septiembre anterior, tampoco era una novedad. Y sin embargo, las calles de Bagdad se hicieron más hostiles y emprender las carreteras que comunican la capital con el resto del país se convirtió en una imprudencia temeraria. Iraq

Ángeles Espinosa, especialista de *El País* en Oriente Próximo y Asia Central, viajó por primera vez a Iraq en 1985, donde cubrió su enfrentamiento con Irán y la posterior Guerra del Golfo. Ha pasado allí 11 de los últimos 18 meses. Además, ha informado de los conflictos de Líbano, Palestina y Yemen.

se transformó en lo que la organización Reporteros Sin Fronteras (RSF) ha calificado como “uno de los lugares más peligrosos del mundo para los periodistas”.

Explicar ese cambio cualitativo resulta complicado. El peligro a fin de cuentas es una percepción, y como tal, subjetivo. Pero hay datos. El riesgo de ser víctima de un disparo o una bomba artesanal era aleatorio hasta abril. El periodista jugaba a la misma ruleta rusa que el resto de los civiles, iraquíes o extranjeros. Los mayores problemas de los informadores estaban vinculados a las fuerzas de ocupación, con las que no obstante uno siempre confiaba en poder entenderse a pesar de que varios incidentes (seis muertes y varias detenciones, entre ellos) pusieron en entredicho su moderación.

La posguerra se ha probado mucho más insegura que la guerra propiamente dicha. De la treintena de trabajadores de los medios de comunicación que han muerto en Iraq desde que se iniciaran las hostilidades el 20 de marzo de 2003, al menos 16 (12 de ellos iraquíes) lo han hecho en los cinco primeros meses de este año. Tal como constató Amnistía Internacional “el período posbélico ha estado marcado desde el principio por la ausencia de seguridad básica”. Aún así, los reporteros continuaron realizando su trabajo. Informar sobre conflictos nunca ha sido fácil ni nadie ha dicho

que lo sea. Cada uno toma sus medidas. Hasta dónde es posible.

Y eso es lo que cambió en abril. La sensación de que era poco lo que cada uno podía hacer para autoprotegerse. Con el sur chií inflamado por el cerco al líder populista Múqtada el Sáder y el oeste suní en pie de guerra por el bloqueo a Faluya, los más extremistas entre los insurgentes quisieron hacer del secuestro de extranjeros, militares o civiles, un arma de negociación. No se trataba, como ha sucedido en otros países, de americanos u occidentales; todos, incluidos asiáticos y árabes, nos convertimos en objetivo, una pieza de caza preciada para cualquier iraquí deseoso de mostrar su patriotismo o de buscar una recompensa.

El efecto caracol

Cierto que en ningún momento se ha singularizado a los periodistas sobre otras profesiones. Al contrario, su número resulta bajo en comparación con agentes de seguridad, contratistas o simples empleados de empresas diversas. Tres checos, dos japoneses y un francés fueron los únicos informadores entre el medio centenar de víctimas de la ola de secuestros de abril. Todos fueron liberados sin daño. Las posteriores retenciones de varios reporteros, entre ellos un español, apenas duraron horas, afortunadamente. Aún así, el giro en los acontecimientos, inclui-

do el aumento de los atentados contra intereses extranjeros, produjo un efecto caracol: replegarse en casa o en el hotel de turno, siguiendo los prudentes consejos de las cancillerías.

Y ahí radica el problema. Mientras para diplomáticos, cooperantes o contratistas proseguir su tarea desde el encierro de una oficina bajo vigilancia puede resultar difícil y frustrante, para los periodistas es sencillamente imposible. Las opciones de trabajo se redujeron a *empotrarse* con las tropas ocupantes o con la resistencia, dos alternativas fuera del alcance de la mayoría de los informadores, además de bastante discutibles como única fuente de información.

Cuando al salir de vacaciones a mediados de abril, reflejé en una crónica mi frustración por ese cambio, el jefe de Internacional de un importante medio español, se sintió ofendido. En su opinión, desacreditaba el trabajo de los colegas que se quedaban, entre ellos uno de sus colaboradores. Nada más lejos de mi intención. Me limitaba a reflejar las crecientes dificultades, que persisten a día de hoy. Lo que ese responsable no decía es que en su medio ningún miembro de plantilla quiere viajar a Bagdad, un destino que se ven obligados a cubrir con contratados al borde de la legalidad y la moralidad.

Más cínico resulta pretender que la gente está trabajando normalmente. Hay detalles que pasan desapercibidos al espectador, pero que los res-

ponsables periodísticos conocen. En la pantalla, la corresponsal de una prestigiosa cadena internacional hace su aparición habitual. Fuera de cuadro, dos hombres armados vigilan la grabación, mientras dos *land rover* blindados de color blanco esperan con el motor en marcha por lo que pueda suceder. La data de un conocido periódico reza Faluya, donde debiera decir Camp Faluya, porque su reportero se encuentra empotrado con los *marines* en esa base, sin acceso directo a la población local. Y las agencias hace semanas que han dejado de tener firmas anglosajonas o europeas sobre el terreno: en su lugar, reporteros locales, árabes u originarios de países musulmanes, utilizan su capacidad de pasar inadvertidos para mantener el hilo de la información.

Los periodistas, tanto extranjeros como iraquíes, hemos sufrido en este país todo tipo de agresiones: desde el asalto de bandidos y saqueadores hasta el acoso de las partes en combate (incluido el Ejército estadounidense). Sólo a raíz de los sucesos de abril, RSF advirtió de que “tal inseguridad de los profesionales de los medios de comunicación limita considerablemente su capacidad de proporcionar informaciones al público”. Los profesionales sobre el terreno reconocen con inquietud esta situación.

En una reciente cena en Kabul, la corresponsal en Afganistán de *The*

Washington Post me comentaba que había tenido que apoyar el despliegue informativo en Iraq en tres ocasiones durante el último año. “He notado una diferencia tremenda entre las dos primeras, en las que pude viajar libremente, y esta última, que he estado *empotrada*”, admitía. “No hay forma de comprobar el verdadero apoyo a la insurgencia y resulta más difícil informar sobre la gente real”.

Volver a la calle

“La agencia limita los efectivos y los desplazamientos por seguridad”, me escribía otra compañera en un *e-mail*. “Conociéndome, creo que la frustración es menor sabiendo que me pierdo muchas historias por estar en París que sabiendo que me las pierdo atrincherada en mi habitación de hotel de Bagdad”. La imposibilidad de hacer la calle no es una paranoia. “Ir por ahí haciendo reportajes es una barbaridad”, advierte un embajador europeo conocedor de los entresijos iraquíes. “Seguir el juego político en Bagdad es otra cosa”.

Siempre se puede trabajar. El problema es a qué precio. Los directores de algunos medios así lo han reconocido al posponer o condicionar los desplazamientos de sus reporteros. Ninguna noticia merece el precio una vida. Y a la vez sabemos que nuestra responsabilidad es informar. Difícil decisión cuando la carrera por estar en los sitios es muchas

veces más importante que lo que se cuenta en sí.

Dos meses después, la situación, sin mejorar, no ha empeorado. “Es cierto que hace algunas semanas que el ritmo de los secuestros se ha reducido”, admite una fuente diplomática, “pero también hay menos gente a la que secuestrar porque los civiles extranjeros se han convertido en un objeto exótico”. Las salidas de los reporteros se hacen así más llamativas. “Estás comprando muchos boletos para la lotería”, advierte un responsable de seguridad a uno de los pocos corresponsales europeos destinados en permanencia en Bagdad.

Quien tenga contactos de antes aún podrá trabajar como lo hicimos en las semanas difíciles del 4 al 18 de abril, es decir, con citas concertadas, movimientos imprescindibles y tirando de la precaria red de teléfono local. Lo que esta complicado es reportear. Salir a la calle, hablar con la gente y sentir el pulso.

La mayoría de los extranjeros (funcionarios, diplomáticos, contratistas e incluso algunos reporteros de televisión) se mueven por Iraq, incluido Bagdad, con protección armada. ¿Puede un periodista conseguir información normal haciendo entrevistas rodeado de tres fornidos guardaespaldas? Tal vez, pero Iraq no entrará en la senda de la normalización hasta que los periodistas no podamos volver a hacer la calle sin jugarnos la vida en ello. 